

CLÁSICOS UNIVERSALES

# MITOS Y LEYENDAS DE LA ANTIGUA GRECIA

ROBERTO BRAVO  
DE LA VARGA

bam  
bú

The book cover features a vibrant orange background. At the top, the text 'CLÁSICOS UNIVERSALES' is written in a dark, sans-serif font. Below it, the title 'MITOS Y LEYENDAS DE LA ANTIGUA GRECIA' is prominently displayed in large, white, bold, sans-serif capital letters. Underneath the title, the author's name 'ROBERTO BRAVO DE LA VARGA' is printed in a smaller, dark, sans-serif font. The central and lower portions of the cover are dominated by a stylized illustration of Medusa's head. Her face is rendered in a dark, almost black color, with wide, staring eyes and an open mouth showing sharp teeth. Her hair is a dense, chaotic mass of black snakes, some with yellow markings, coiling around her head. A small white circular logo with the text 'bam bú' is positioned on the left side of the snake hair. The overall design is bold and graphic.

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA.

© 2022, Roberto Bravo de la Varga, por el texto

© 2022, Pere Ginard, por las ilustraciones

© 2022, Editorial Casals, SA, por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

[editorialbambu.com](http://editorialbambu.com)

[bambulector.com](http://bambulector.com)

Diseño de la colección: Liliانا Palau / Enric Jardí

Imágenes del cuaderno documental: © ACI, © iStock

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-8343-760-5

Depósito legal: B-330-2022

*Printed in Spain*

Impreso en Índice, SL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



# ZEUS Y LOS DIOSES DEL OLIMPO

## 1. BIENVENIDOS AL OLIMPO

¡Bienvenidos! ¡Acercaos! ¡Os estaba esperando! Yo soy Hermes, el mensajero de los dioses. Normalmente ando atareadísimo, cumpliendo los encargos de Zeus, nuestro soberano, pero hoy he sacado tiempo para mostraros el fastuoso palacio que sirve de morada a los inmortales, aquí, en el monte Olimpo. Pero ¡pasad, por favor! No os quedéis ahí.

Os impresionan las puertas, ¿verdad? Son de oro. Y el edificio está construido con piedra y cimentado sobre bronce. ¡Una auténtica fortaleza, vaya! Y lo fue, lo fue. Durante muchos años, Zeus mantuvo una guerra contra Cronos, el dios del tiempo, un tirano que pretendía que el universo entero se sometiera a su voluntad. La llanura que tenemos a nuestros pies fue escenario de innumerables batallas. Dioses, titanes y gigantes exhibían el poder de sus brazos, pero ninguno de los dos bandos conseguía una victoria definitiva. Como la unión hace la fuerza, Zeus, señor de los cielos, dueño del rayo y del trueno, buscó la ayuda de sus hermanos: Hades, príncipe de la tierra y de los abismos, poseía un

yelmo con el poder de hacer invisible a quien lo portara, y Poseidón, rey de los océanos y de los mares, disponía de un tridente que empleaba para remover las aguas provocando terribles cataclismos. Armados de este modo, los olímpicos ya no tuvieron rival ni en la tierra, ni en el mar, ni en el aire; vencieron a Cronos y a los suyos, e inauguraron una época de paz y justicia. Desde entonces, el Olimpo se ha convertido en nuestro hogar. Hades y Poseidón, en cambio, viven en sus propios reinos.

Pero ¡mirad quién viene por ahí! ¡Hola, Artemisa! ¡Hola, Apolo! ¡Que tengáis un buen día! Simpáticos, ¿no os parece? Son hijos de Zeus, hermanos mellizos; él es el dios del sol y ella es la diosa de la luna. Por eso cuesta verlos juntos, ¡ja, ja, ja! Es broma, es broma. En realidad, Apolo es un joven muy polifacético y con una gran sensibilidad: cultiva las artes, en especial la música y la poesía, toca la lira y es un excelente arquero. Como además es un muchacho muy apuesto, especialmente por su cabello rizado, rubio, con reflejos rojizos, se lo tiene un poco creído. El pobre ha tenido mala suerte en el amor. Puso sus ojos en Dafne, una ninfa cuyo nombre significa «laurel», pero esta lo rechazó. No lo ha superado. Desde entonces adorna su cabeza con una corona trenzada con hojas de dicho árbol. Yo creo que le ayuda a recordarla. ¡Es un romántico incorregible!

Su hermana Artemisa suele vagar por los bosques, cazando fieras con su arco. Es una joven fuerte e independiente, pero también arisca y vengativa. ¡Todo le molesta! ¡Por todo se enfada! Yo se lo he dicho muchas veces: «¡Qué carácter tienes, muchacha!». Si alguien se le adelanta y aba-

te la fiera que ella estaba acechando, lo mata. Si alguien se compromete a hacer un sacrificio en su honor y se olvida de ello, lo mata. Si alguien amenaza a alguno de sus protegidos, lo mata. ¡Qué obsesión! Os diré que, cuando los dioses están reunidos y les llega la noticia de que alguien ha muerto repentinamente, todas las miradas se clavan en ella. Entonces pone cara de no haber roto un plato en la vida, pero todos sabemos que las mata callando. ¡Las mata, las mata! ¡Qué gracioso! ¡Qué chispa tengo! También hay que decir que le encantan los niños. Se le cae la baba cuando ve uno. Siempre que puede, asiste a los nacimientos para proteger a la madre y a su bebé. Ya veis, en el fondo tiene buen corazón.

Mirad, hemos llegado a la sala del consejo. Aquí es donde nos reunimos para debatir y tomar las decisiones importantes. Al sur, inmediatamente detrás de esta sala, se encuentran los aposentos de Zeus y Hera, su esposa. Todavía recuerdo su boda. La celebraron en el sur de España, a orillas del mar. Gea, la abuelita de Zeus, le regaló unas manzanas de oro, que ella decidió plantar allí mismo. Nació así el Jardín de las Hespérides, un vergel delicioso: los verdes prados, tapizados de blanda hierba y envueltos en fresca sombra, invitan al descanso; la hiedra trepa por los árboles abrazando su tronco con el frenesí de los enamorados; el canto de las aves se mezcla con el susurro de las abejas que liban el néctar de las aromáticas flores para elaborar su dulce miel. Todo es suavidad y armonía en un rincón que parece creado para halagar los sentidos... si no fuera por Ladón, el dragón que se encarga de vigilar las dichas manzanitas, una bestia con muy malas pulgas que impide que nadie

se acerque. Tendríamos que hacer algo al respecto, porque así, desde luego, no lo aprovechamos nada. La mayoría de nosotros preferimos marcharnos de vacaciones a las islas de los Bienaventurados, creo que vosotros las llamáis Canarias.

Al norte se ha dispuesto una sala de banquetes. Vamos a pasar. Tendríais que venir por la noche. El mármol de las paredes y el oro de los suelos resplandecen multiplicando el fulgor de las antorchas que iluminan las estancias. ¡Es un espectáculo! Los dioses bebemos néctar y comemos ambrosía. No hay nada más dulce ni más aromático. Si queréis, cuando nos vayamos, os doy la receta, ¿vale? La mesa la presiden Zeus y Hera. A su lado se sienta Deméter, diosa de los cereales, coronada de espigas, y Dioniso, dios de la vid, coronado de pámpanos. Representan el pan y el vino, comida y bebida de los hombres. Deméter es una mujer triste. Creo que echa de menos a su hija Perséfone, que se casó con Hades y vive con él en el inframundo. Todos los años, viene a ver a su madre en primavera y verano, y claro, Deméter se alegra tanto que los campos florecen y dan fruto. Dioniso, en cambio, es un tipo muy salado. No hay nadie mejor para salir de fiesta. Suelen acompañarlo las bacantes, unas chicas muy divertidas que pueden pasarse una noche entera bailando. Como Dioniso es un mago de la percusión, se juntan el hambre con las ganas de comer. Él pone el ritmo, y ellas, la coreografía.

En la parte central hay un patio cuadrado, abierto hacia el firmamento, con galerías cubiertas y habitaciones privadas a ambos lados, que ocupamos los cinco dioses y las cinco diosas que residimos habitualmente en el palacio.

¡Mirad aquellos dos que luchan en el rincón con casco, coraza, escudo, lanza y espada! Son Ares y Atenea. Están entrenándose. Ares es el dios de la guerra. Aunque nosotros lo queremos como a uno más de la familia, pasa mucho tiempo solo, apartado de los demás, y no hace buenas migas con casi nadie; de hecho, solo tiene cuatro amigos: Temor, Terror, Discordia y Violencia, gente poco recomendable. Ya veis lo alto que es. ¡Un auténtico gigante! Cuando pasa por las puertas, tiene que agacharse. Si se descuida, se da unas calabazadas de aúpa y empieza a jurar en hebreo. A todos nos gusta su carro. Es el más rápido del Olimpo. Tiran de él cuatro caballos negros y tiene un toque deportivo que es la envidia de cualquier héroe. Yo sospecho que se lo lleva a Hefesto y él, que es un artista para estas cosas, se lo pone a punto.

Atenea, que es la diosa de la estrategia (de ahí que suela entrenar con Ares), lo es también de la sabiduría. Tiene una mascota muy curiosa, una lechuza, y en sus ratos libres se dedica a tejer, una afición que tiene desde niña y en la que es una maestra. No conozco a nadie más servicial. Si puede hacerte un favor, te lo hará. Además de inteligente y buena, tiene unos ojos azules preciosos... ¡Vale! ¡Reconozco que me hace tilín, pero solo somos amigos! Hay muchas ciudades que la han escogido como protectora, pero ella siente predilección por Atenas, que se llama así en honor a ella.

¡Venid! Os voy a presentar a una curiosa pareja: la hermosa Afrodita y su marido Hefesto, mucho menos agraciado que ella. Afrodita es la diosa de la belleza y del amor. Ella y su hijo, Eros, nos traen a todos de cabeza. Todavía me



acuerdo del follón que se montó el día en que Hera, Atenea y ella estuvieron discutiendo sobre quién de las tres era la más guapa. Al final buscaron a un juez imparcial para que lo decidiera. El elegido fue Paris, príncipe de Troya. No debían de sentirse muy seguras de sí mismas, porque todas intentaron sobornarlo: Hera le ofreció poder, Atenea le tentó con hacerlo invencible en la guerra y Afrodita le prometió la mano de Helena, la mujer más bella de Grecia. ¿Adivináis a quién eligió? ¡Está claro! Proclamó que Afrodita era la más hermosa, consiguió la mano de Helena y, de paso, provocó una guerra morrocotuda entre griegos y troyanos.

Hefesto, cojo y deforme, con la barba desaliñada y el pecho descubierto, avanza renqueando detrás de su mujer y siempre se queda rezagado. Sin embargo, como dios del fuego, tiene una habilidad innata para trabajar el metal: reina sobre los volcanes, que son sus fraguas, y es un excelente herrero. Es capaz de forjar cualquier cosa, desde una espada hasta la joya más fina. Siempre anda dándole vueltas a un nuevo prodigio técnico. Por la noche, cuando vuelve al Olimpo después de trabajar, aparece cubierto de hollín y va dejando pavesas encendidas por donde pasa. ¡Qué hombre! ¡El día menos pensado salimos ardiendo!

Esto del fuego se está convirtiendo en un problema serio. Pensáis que exagero porque todavía no habéis visto a Hestia, diosa del hogar. Es esa anciana que está sentada en ese banco, tomando el sol. Zeus le concedió un doble honor: por una parte, ser objeto de culto en todas las casas de los humanos y, por otra, guardar en sus manos el fuego sagrado. ¡En qué hora! Cuando menos te lo esperas, extiende la

mano y una llama brota de su palma. ¡Parece cosa de magia! A los niños les encanta, pero no deberíamos tomárnoslo a broma. La semana pasada prendió una cortina; dos días después quiso gastarle una broma a Ares y le chamuscó las cejas; ayer mismo le faltó poco para quemar el bosque que se extiende por la ladera. ¡Le tengo más miedo que a las gorgonas!

Será cuestión de tener paciencia, como la tuvieron conmigo cuando era niño. Lo cierto es que fui un poco trasto. Las alas que tengo en los pies y en el casco me hacían muy veloz. No podía parar quieto un momento. Le robaba el tridente a Poseidón, la espada a Ares, y el arco y las flechas a Apolo. Una vez le desaparecieron las tenazas a Hefesto. El pobre anduvo buscándolas un día entero. Según me han dicho, las encontraron entre mis pañales. El propio Zeus me pescó cuando escapaba de la sala del consejo con su cetro. Al final, pensaron en darme una ocupación con la que pudiera canalizar tanta energía. Así fue como me convertí en el mensajero de los dioses. Ahora, todos me aprecian. El propio Apolo me regaló un caduceo, una vara de olivo adornada con guirnaldas, rodeada de dos serpientes enroscadas y coronada con un par de alas, que se ha convertido en símbolo de mi oficio y, en general, del comercio. Esperad, que os la enseño. ¡Un momento! ¿Dónde está mi vara? La había dejado aquí hace un momento. ¡Chicos, esto no tiene ninguna gracia! ¡Volved aquí! ¡Devolvedme mi caduceo! ¡No seáis así! ¡Venga, que me tengo que ir a trabajar! ¡Si me lo devolvéis, os lo presto para que esta tarde juguéis con él!



# LOS HÉROES, LAS HEROÍNAS Y SUS HAZAÑAS

## 2. LA BELLEZA DE HELENA

Su piel era blanca y sus cabellos, de oro. Cualquiera habría dicho que había nacido de un cisne, tales eran su elegancia y su delicadeza. Pero su belleza dio pie a una cruel guerra de la que todos la culparon.

Creció en Grecia. La fama de su hermosura corrió por todo el país. Por eso, cuando alcanzó la juventud, decenas de príncipes llamaron a su puerta para pedirle matrimonio.

—Soy Antíloco, hijo de Néstor, no encontrarás a nadie que sea más veloz en la carrera.

—¡Qué suerte la mía! ¡Lo que me faltaba! Pues mira, Antíloco, aprovecha que eres tan rápido y piérdete, querido. Ya te estás marchando.

—Soy Áyax, hijo de Telamón, famoso por mi colosal escudo; con él te protegeré de cualquier peligro.

—¡Esto es lo último! ¿Protegerme tú a mí? Creo que estás muy confundido. ¡A ver si no tengo yo dos manos! ¡Cuídate tú, no sea que te entre un constipado! ¡Y, ahora, andando se va lejos!

—Soy Filoctetes, hijo de Peante, certero con el arco, mis flechas siempre dan en el blanco.

—Y a ti se te ha antojado lanzarme una al corazón, ¿no? ¡Anda que no sois pesados! Pero, criatura, ¿para qué quiero yo flechas? ¿Con quién me voy a pelear yo? Dime, ¿con quién? ¡Contigo, como no te marches!

—Soy Diomedes, hijo de Tideo, soy capaz de persuadir a cualquiera con mi elocuencia.

—Pues conmigo te has lucido. ¿Elocuencia para qué? Yo no tengo por qué medir las palabras. Digo siempre la verdad. Si conviene, bien; y si no, la calle es más larga que ancha. ¡Vamos, anda!

—Soy Menelao, hijo del rey Atreo. Mi hermano Agamenón y yo somos príncipes de Micenas.

—¡Míralo, qué apañado! ¿Te he pedido yo explicaciones? No, ¿verdad? Al contrario. ¿Y pensabas que así me ibas a impresionar? Pues venga, ahora mismo te vuelves para Micenas.

Bueno, igual la delicadeza no era su fuerte, pero era hermosa y, desde luego, tenía carácter, eso no se puede negar. La multitud de jóvenes pretendientes que hacían cola a la puerta de la casa de Helena crecía de día en día. A ella le preocupaba que si favorecía a uno, los demás se enfadasen y se produjera un tumulto. Así que los reunió a todos y pidió que se comprometieran a aceptar su decisión, fuera cual fuese. Así lo hicieron y Helena escogió a Menelao, que se convirtió en su novio.

La pareja fue muy bien recibida en Micenas. El pueblo se agolpaba en las calles y en las plazas, y acompañó a los novios hasta el palacio. Durante un tiempo, Helena fue feliz

en aquel lugar. Menelao y ella se iban conociendo, el joven la respetaba y la familia real parecía apreciarla. En el ala este del palacio estaba el taller de los artistas, donde trabajaban pintores, escultores, tejedores, alfareros, ebanistas u orfebres. Disfrutaba mucho aprendiendo de su trabajo, porque era una muchacha sensible y con grandes inquietudes.

Un día, paseando entre los puestos, Helena se encontró con un joven extranjero que observaba asombrado el trabajo de una tejedora.

—¿Te gusta?

—Me parece un prodigio. Nunca había visto una labor tan exquisita. Creo que esta mujer es una artista.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Cómo te llamas, querido?

—Mi nombre es Paris. ¿Quién eres tú?

—Yo soy Helena.

—Encantado, Helena.

Helena y Paris pasaron juntos ese día. Hablaron de miles de cosas. Helena descubrió a un joven sincero, positivo, dispuesto a escuchar y con un increíble sentido del humor. Paris descubrió a una chica inteligente, espontánea, honesta y bella... por fuera, pero, sobre todo, por dentro. Ni que decir tiene que ambos se enamoraron perdidamente el uno del otro. Como Helena no quería hacer daño a Menelao, se armó de valor y quedó con él para romper la relación que habían comenzado.

—Hola, Elena. ¡Uy! ¡Qué cara tan seria! ¿Qué te ocurre?

—Escucha, Menelao. Lo que tengo que decirte no te va a gustar nada, pero tiene que ser así. He conocido a un joven. Se llama Paris y...

—¿Cómo? ¿Paris? ¿El príncipe troyano?

—¿Paris, un príncipe? No lo sabía. Se lo habrá callado, porque es muy modesto. Sé que su padre se llama Príamo y su madre Hécuba. Tiene un hermano, Héctor, y...

—No sigas. ¡Los conozco a todos! ¡Es él!

—No te enfades, pero lo que he sentido a su lado no es lo que siento por ti. Eso sí es amor verdadero. Tú y yo podemos seguir siendo buenos amigos. Sé que te estoy haciendo daño, que te hago sufrir, pero no quiero engañarte. Es lo mejor para ambos. Dentro de unos años, nos volveremos a ver y seguro que nos reímos de todo esto.

—¿Estás rompiendo conmigo, Helena?

—Sí, Menelao.

—¡¡A mí no me abandona nadie!!

Menelao agarró a Helena, la llevó por la fuerza al palacio y la encerró en sus aposentos.

—¡Es lo mejor para ambos! Con el tiempo, aprenderás a quererme.

—Eso no va a suceder, Menelao. Estoy enamorada de Paris. Tienes que comprenderlo.

Pero Menelao no atendía a razones. Los celos lo devoraban. Creía que Helena le pertenecía y que un extranjero trataba de robársela. ¡No lo consentiría!

Paris se enteró de lo que estaba sucediendo. ¿Cómo no? El escándalo en Micenas había sido mayúsculo. Los habitantes de la ciudad no hablaban de otra cosa. Todos estaban con Helena, pero nadie se atrevía a decirlo en voz alta por temor a las represalias de Menelao. Por desgracia, imperaba la ley del silencio. Sabían que aquello era injusto, pero

no alzaban la voz para denunciarlo. Tuvo que ser Paris, un extranjero, un príncipe troyano, quien tomase cartas en el asunto. Esa misma noche, se acercó al palacio de Menelao, se colocó al pie del balcón de su querida Helena y le ofreció ayuda para escapar. La joven se descolgó por la fachada y la pareja recorrió la ciudad a toda prisa, amparada por la oscuridad de la noche. Una vez en el puerto, embarcaron en la nave de Paris y pusieron rumbo a Troya. Las estrellas brillaban en el cielo y los propios dioses parecían bendecir su amor.

A la mañana siguiente, Menelao, como siempre, sin llamar, abrió la puerta de la alcoba de Helena y la encontró vacía. Se puso furioso y convocó a una reunión a los antiguos pretendientes de Helena, que acudieron a toda prisa al palacio de Micenas.

—Queridos amigos: Helena ha roto su promesa. Según nos dijo, temía que, al elegir a uno de nosotros, quedaran descontentos los restantes y, por eso, nos pidió que aceptáramos su decisión. ¡Y lo hicimos!

—Y yo creo que no nos equivocamos —intervino Diomedes—. La verdad es que nos dio una lección a todos. Nos enseñó a respetarla.

—Puede que sí, Diomedes. Pero ¿estamos hablando de mi novia! ¡Y se ha marchado con otro!

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Áyax—. A lo mejor se dio cuenta de que no te quería. Tendrás que aceptarlo. A mí me lo dejó muy claro... y ahora se lo agradezco. Gracias a ella, he cambiado mi forma de ser y estoy más satisfecho conmigo mismo.



—No me entendéis, Áyax. ¡Lo que ocurre es que Paris la ha raptado!

—¿Ese troyano se ha atrevido a raptarla? —preguntó Filoctetes escandalizado—. ¡Probará la punta de mis flechas! ¡Formaremos una escuadra y atacaremos su ciudad! Yo mismo armaré siete naves para ir a buscarlo.

—¡Así se habla! —respondió Menelao triunfante.

—¿Y si enviamos una embajada a negociar? —propuso Antíloco—. Seguro que se trata de un malentendido que se puede aclarar sin derramar ni una gota de sangre.

—¿Negociar? ¡Jamás! —exclamó Menelao—. Lo que sucede a partir de ahora será culpa de Helena. ¡Ella rompió la promesa que nos hizo! ¡Ella me engañó cuando yo obraba de buena fe! ¡Ella sedujo al extranjero! ¡Es codiciosa, en cuanto supo que era un príncipe troyano se echó en sus brazos! ¡Hay que impedir que se case con él! ¡¡Es mía!!

—Pero ¿te quiere? —preguntó Agamenón, hermano de Menelao, comandante en jefe del ejército de Micenas—. Sabes que nunca he rehuido el combate, pero solo lucharé por una causa noble y justa.

—No dudes que es así, hermano. Helena está confusa. Afrodita, la diosa del amor, ha desordenado sus sentimientos. Piensa que ama a Paris, pero, en realidad, me quiere a mí.

No había más que hablar. Agamenón reunió un formidable ejército, al que se sumaron todos los príncipes de Grecia, y lo dirigió contra Troya. Estalló así una guerra que duraría diez largos años, un horror del que todos, griegos y troyanos, culparon a la bella Helena. Solo aquellos que la conocieron bien se pusieron a su lado y la defendieron como lo

que fue: una heroína incorruptible que se mantuvo fiel a sí misma hasta el final.

### **3. LA CÓLERA DE AQUILES**

La guerra es un asunto serio y triste. Un sol de justicia cae sobre el campo de batalla. Los dos guerreros se miran fijamente. Sus músculos se tensan. Sostienen el escudo con la mano izquierda y la lanza con la derecha. Están a punto de enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo. Vencer o morir. A Aquiles lo mueve la sed de venganza. Héctor se enfrenta a él por una cuestión de honor. Respiran pesadamente. En parte, por la fatiga y, en parte, por el miedo. Sí, sienten miedo. Héctor está atemorizado... y, cuando Aquiles avanza hacia él, no puede soportar la presión, se da la vuelta y sale corriendo. Aquiles, el de los pies ligeros, lo persigue.

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo hemos llegado a este punto? La soberbia es la causa de las peores calamidades. Después de que Helena huyese con Paris, Agamenón reunió un formidable ejército, al que se sumaron todos los príncipes de Grecia, y lo dirigió contra Troya. Aquiles, hijo de un mortal, Peleo, y de una diosa, Tetis, combatió en sus filas durante diez largos años, convirtiéndose en una leyenda tanto por su fuerza como por su asombroso valor. Se decía que su madre, para otorgarle la inmortalidad, lo había sumergido en la laguna Estigia nada más nacer y, de ese modo, lo había hecho invulnerable: ningún arma podía herir su cuerpo, salvo en el talón, el punto por donde la diosa lo había

sujetado aquel día, impidiendo así que las aguas lo tocaran. Aquiles, veloz y certero, era amado por los griegos, que lo habían convertido en un héroe, y odiado por los troyanos, que habían perdido a muchos de los suyos por su causa. Cuando ocupaba su lugar en la vanguardia del ejército, transmitía tranquilidad a sus hombres e infundía terror en sus adversarios. Agamenón era consciente de que muchas de las batallas que habían librado se habían decidido por él y, para agradecerse, después de la última victoria, quiso honrarlo a la hora de repartir el botín.

—Escuchadme, amigos. Hoy deseo distinguir de forma especial a Aquiles, sin el cual este triunfo no habría sido posible. Repartiremos el botín entre todos, igual que siempre, pero no haremos lo mismo con las dos esclavas que han caído en nuestras manos: Criseida y Briseida. La primera entrará a mi servicio; la segunda servirá a nuestro héroe.

Los griegos expresaron su júbilo golpeando sus escudos con las lanzas, ovacionando de este modo a su querido Aquiles, que se sintió muy orgulloso. Por desgracia, el destino les deparaba a todos una desagradable sorpresa. Esa misma noche, en el campamento griego, levantado frente a las murallas de Troya, junto a la orilla del mar, empezaron a enfermar y a morir hombres. En los días que siguieron, la epidemia se extendió diezmando las huestes griegas.

Mientras tanto, Aquiles se había enamorado de Briseida, una joven alta y morena que llamaba la atención por su tez blanca y sus ojos brillantes. La muchacha le correspondió y ambos se dieron palabra de matrimonio, comprometiéndose a celebrar su boda en cuanto pasase la epidemia. Por

desgracia, el destino torcería sus planes. Los griegos descubrieron que Criseida, la nueva esclava de Agamenón, era hija de un sacerdote de Apolo, llamado Crises. Este había rogado al dios que enviase una peste sobre los raptos de su hija para forzarlos a devolvérsela, y este lo escuchó.

—Agamenón —dijo entonces uno de sus generales—, los hombres seguirán muriendo hasta que Criseida regrese a la casa de su padre.

—¡Jamás! Ella es la esclava que me corresponde por derecho.

—¡Por supuesto que sí! —admitió otro—. Pero si no renuncias a ella, ninguno de nosotros sobrevivirá a la epidemia. ¡Piénsalo!

Agamenón torció el gesto y apretó los dientes. Todos los ojos estaban fijos en él. De pronto, su rostro se relajó. Había tenido una idea. Salió de su tienda y se dirigió a la de Aquiles. Los griegos, que lo vieron atravesar el campamento, fueron tras él.

—¡Aquiles! Sal un momento. Necesito hablar contigo —clamó el monarca.

—Buenas noches, Agamenón. ¿Qué deseas?

—Acabamos de saber que Criseida, mi esclava, es hija de un sacerdote de Apolo. Este ha rogado al dios que nos castigue con la peste hasta que se la devolvamos. Si queremos escapar de la muerte, tendré que renunciar a la joven que tan bien me servía.

—Un sacrificio que te honra, Agamenón.

—Gracias, Aquiles. Sin embargo, no sería justo que yo, un rey, me desprendiese de Criseida, y tú, un guerrero, con-

servases a Briseida. Por eso, he venido a tomar a la esclava que me corresponde por derecho como parte del botín. Entrégamela.

—¿Estás hablando en serio? ¿Quieres llevarte a Briseida? —preguntó Aquiles—. ¡No es posible! Estoy enamorado de ella. Nos hemos prometido y nos casaremos cuando pase la epidemia.

—Siento oír eso, pero no puedo hacer nada. Mi decisión es firme. ¡Guardias, traed a Briseida!

Los guardias avanzaron, pero bastó que Aquiles bajase la vista hacia su espada para que frenasen en seco. Agamenón se dio cuenta de lo que sucedía. Si sus hombres no cumplían la orden que les había dado, se arriesgaba a quedar en ridículo.

—¿A qué esperáis? ¡Cumplid mi orden! Acabad con quien ofrezca resistencia.

Aquiles no se movió. Los guardias tampoco.

—¿Y bien? —bramó Agamenón por tercera vez—. ¿A qué esperáis?

Uno de los guardias sacó su espada y cargó contra el héroe. Este giró con rapidez, tomó la suya, esquivó el golpe y, tras deslizarse como una serpiente, se colocó a su espalda y dirigió la afilada hoja de bronce contra su atacante, dispuesto a traspasarlo con ella.

—¡Deteneos, por favor!

Briseida, que había sido testigo de la escena desde el interior de la tienda, avanzó con decisión y se interpuso entre los combatientes, acompañada de Patroclo, el mejor amigo de Aquiles.

—Nadie ha de derramar su sangre por mi causa.

Bajó la cabeza y siguió a Agamenón en silencio, con el rostro bañado en lágrimas.

—¡Agamenón! Si te llevas a Briseida, no seguiré luchando a tu lado.

—Haz lo que te plazca, Aquiles. Un hombre menos no nos hará perder la guerra.

\* \* \*

La guerra es un asunto serio y triste. Un sol de justicia cae sobre el campo de batalla. Los dos guerreros corren alrededor de Troya. Han dado ya dos vueltas a la ciudad, pero la carrera continúa. Igual que el gavilán se abate sobre la paloma, igual que los perros de caza acosan a la corza, así persigue Aquiles a Héctor, sin darle tregua. Los troyanos, que observan lo que sucede desde lo alto de las murallas, tienen el ánimo suspenso. Los griegos, dispersos por la llanura, aguardan expectantes. Vencer o morir.

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo es que Aquiles ha retomado la lucha? La ira nos lleva a tomar decisiones fatales. En cuanto los troyanos supieron que el hijo de Peleo había discutido con Agamenón y se negaba a volver al campo de batalla, aprovecharon para atacar. Armaron su ejército y salieron a pelear con todas sus fuerzas. Los griegos se vieron en un apuro: al frente, el enemigo; a su espalda, el mar. Una posición muy difícil de defender. La pesadilla de cualquier estratega. Los hombres de Agamenón estaban cansados y, peor aun, desmotivados. Ahora que Aquiles no peleaba a su lado, habían perdido la fe en la victoria.

—¡Proteged los flancos! ¡Manteneos firmes! —gritaban sus jefes.

Debían evitar que el enemigo los rodease y no ceder un solo palmo de terreno. Pero fue inútil. Los troyanos chocaron contra ellos y los obligaron a retroceder. Los desalojaron de la llanura y los llevaron hacia las naves con las que habían surcado el mar y que ahora reposaban sobre la arena. Algunas de ellas empezaron a arder. Lo mismo les ocurrió a las tiendas que formaban el campamento.

—¡Aquiles! Los troyanos han entrado en el campamento y están prendiendo fuego a las naves y a las tiendas. ¡Debes salir a combatir contra ellos!

—No, Patroclo, amigo mío. Agamenón me ofendió gravemente. Mi decisión es irrevocable. No tomaré las armas si no es para defender mi vida y la de aquellos a los que quiero.

Patroclo, que había crecido con Aquiles en la corte de Peleo, su padre, supo que no convencería a su amigo. Tenía que hacer algo. Entonces se le ocurrió una idea. Tomó el casco, la coraza y el escudo de Aquiles; se subió a su carro de guerra y, blandiendo la lanza del héroe, salió al campo de batalla.

En cuanto los troyanos lo vieron venir, huyeron despavoridos. Patroclo fue tras ellos dando muerte a todos los que encontraba en su camino. ¡Más de veinte cayeron víctimas de sus golpes! Hasta que llegó a Héctor, príncipe de Troya, hijo del rey Príamo. Este lo aguardó, se agachó para esquivar su acometida, levantó entonces la lanza y consiguió abatirlo. Patroclo cayó muerto al instante. El casco que llevaba puesto rodó por el suelo y todos pudieron ver que quien había perdido la vida no era Aquiles, sino su mejor amigo. La noticia

voló hasta el campamento. Un grito de dolor partió de las naves y llenó la llanura. Era un grito desgarrado. Un estallido de cólera imposible de reprimir. Los troyanos corrieron a refugiarse tras las murallas. Héctor dirigió su mirada hacia la tienda de Aquiles y luego levantó la vista hacia las almenas, donde descubrió a sus padres y a su mujer, Andrómaca, con el niño en brazos. No podía volver con ellos. Tenía que enfrentarse a Aquiles. Era una cuestión de honor. Estaban en guerra.

La guerra es un asunto serio y triste. Un sol de justicia cae sobre el campo de batalla. Los dos guerreros corren alrededor de Troya. Han dado ya tres vueltas a la ciudad. No habrá una cuarta. Los dioses ciegan a los que quieren ver perder y Atenea va a conseguir que Héctor quede a merced de Aquiles. Tomando la figura de Deífobo, uno de sus hermanos, se acerca a él y dice:

—¡Querido hermano! He visto desde las murallas que Aquiles te acosaba sin tregua, por eso he bajado a ayudarte. Detente y enfrentémonos juntos al hijo de Peleo.

—Deífobo, hermano, ¿cómo podré agradecerte lo que estás haciendo por mí? Tienes razón. Es hora de luchar. Uniendo nuestras fuerzas acabaremos con nuestro enemigo.

Aquiles no tarda en llegar a la altura de Héctor. Se detiene y clava sus ojos en él. Este le dice:

—Hijo de Peleo, ya no huiré de ti. Tres vueltas he dado alrededor de la ciudad de mi padre sin resistir tu ataque, pero ahora el ánimo me impulsa a luchar. Mas antes de enfrentarnos, juremos ante los dioses que el vencedor respetará el cadáver de su adversario y lo devolverá a los suyos para que celebren sus honras fúnebres.



—¡No me hables de pactos, Héctor! Igual que no puede haber tratos entre hombres y leones, entre lobos y corceiros, no los puede haber entre tú y yo. Has matado a Patroclo, mi mejor amigo, y ahora yo voy a hacer lo mismo contigo.

Y, en ese mismo instante, toma la lanza y la arroja contra Héctor. Este la ve venir de frente, la esquivo y el arma se clava en el suelo. Entonces, el troyano arroja su pica contra el de los pies ligeros. No falla el tiro. La punta de bronce atraviesa el escudo y queda a pocos centímetros del cuerpo de Aquiles, que, con todo, sale ileso. Héctor se vuelve entonces hacia su hermano Deífobo para pedir otra lanza, pero se encuentra solo. Comprende entonces el engaño del que ha sido objeto. Atenea, mientras tanto, ha recogido la lanza de Aquiles y ha corrido a devolvérsela. El guerrero, que Héctor cree desarmado, avanza hacia él con la intención de herirlo. Desenvaina la espada y se prepara para defenderse. Aquiles examina su blanco. Debe evitar el casco, la coraza y el escudo. Se fija entonces en el punto en el que las clavículas separan el cuello de los hombros. Está descubierto. Allí hunde Aquiles su lanza en pleno ataque, antes de que su víctima pueda hacer uso de la espada. Héctor cae al suelo herido de muerte.

—Aquiles, te lo suplico. Quédate con mi casco, mi coraza, mi escudo y mis armas como trofeo de guerra, pero entrega mi cadáver a los míos.

La respuesta de Aquiles pone los pelos de punta:

—No supliques, perro. ¡Ojalá el furor me indujera a despedazarte y a comerme cruda tu carne por el dolor que me has causado! Las aves de rapiña se darán un festín con tus despojos.

Héctor cierra los ojos para dormir un sueño de bronce, y su alma, llena de tristeza por dejar un cuerpo joven y vigoroso, emprende el camino que baja al Hades.

Por desgracia, la venganza del cruel Aquiles no ha hecho más que empezar. Un alma, una vida no basta para aplacar su cólera. ¡Ojalá pudiera resucitar cien veces a Héctor para darle muerte otras cien! Pero no está en su mano... Por eso concibe un suplicio indigno que repugna a dioses y hombres por igual. Perfora los tobillos de Héctor, introduce por los agujeros unas correas de piel de buey, las ata a su carro de guerra, sube en él y arrea a los caballos, que comienzan a correr alrededor de Troya arrastrando tras de sí el cadáver de su enemigo, que levanta una nube de polvo frente a la ciudad que rodeó en tres ocasiones huyendo de su destino.

#### **4. LA LIBERTAD DE PENTESILEA**

Yo fui testigo de todo y os puedo contar lo que sucedió aquellos días.

La muerte de Héctor fue un duro golpe para todos nosotros. Durante doce días, el despiadado Aquiles se negó a entregarnos su cadáver para que pudiéramos celebrar el funeral que merecía. Por fin, el rey Príamo consiguió traerlo a Troya. Reunió en su pecho el valor necesario para salir de la ciudad, cruzar la llanura, llegar al campamento enemigo y entrar en la tienda de Aquiles, asesino de su hijo. Había llevado consigo un tesoro fabuloso: mantos, vestidos, túnicas, tapices, copas, calderos de bronce... y oro, mucho

oro, ¡más de doscientos cincuenta kilos de oro! ¡Tres veces el peso de su hijo! Ese fue el rescate que pagó el anciano Príamo, riquezas que el desdichado monarca había traído sobre una carreta de bellas ruedas tirada por dos mulas; la misma que, una vez vacía, utilizó para llevarse el cuerpo de Héctor. Griegos y troyanos tenían un nudo en la garganta. Las aves, las olas y hasta los propios dioses parecían guardar silencio. Solo se escuchaba el traqueteo de aquellas ruedas y los cansados pasos de un padre que caminaba arrastrando los pies, con la vista nublada por las lágrimas.

Mis hermanos y yo trajimos leña, la apilamos y, siguiendo nuestras costumbres, colocamos el cadáver en la cima de la pira y prendimos fuego. Luego recogimos las cenizas, las colocamos en un cofre de oro, lo cubrimos con un delicado velo de púrpura y lo enterramos en una solemne ceremonia.

Sin Héctor al frente de nuestro ejército, la caída de Troya parecía inevitable. Entonces, el rey Príamo, mi padre, decidió jugar su última carta.

—Paris, hijo mío. Tengo una misión para ti. Viajarás al norte, al país de las amazonas, solicitarás audiencia a su reina, Pentesilea, y le suplicarás que nos ayude.

—¿He oído bien, padre? ¿Buscas una alianza con las amazonas? ¿Estás seguro de lo que dices? Tú mismo combatiste contra ellas en tu juventud. ¿Por qué iban a ayudarnos ahora? Son un pueblo de mujeres guerreras que siempre han luchado por defender su libertad. ¿Qué les importa a ellas nuestro destino?

—No olvido que fueron nuestras enemigas y que marché a la guerra contra ellas cuando trataba de engrandecer el po-

der de Troya conquistando los reinos vecinos. Rechazaron nuestro ataque con valentía y, desde entonces, nadie ha puesto en duda la independencia de su reino. Ahora bien, tienen que saber que, si Troya cae, ellas pueden ser las siguientes. Los griegos son ambiciosos y no se detendrán ante nada.

Partí a la mañana siguiente, cuando aún no había salido el sol. Me dirigí al norte, atravesando montañas y ríos, hasta llegar a los remotos bosques que habitan las amazonas. Durante el viaje, no había dejado de preguntarme qué podría hacer para encontrarlas. En realidad no tuve que hacer nada. Fueron ellas quienes nos encontraron a nosotros. En cuanto pusimos un pie en su tierra nos vimos rodeados de guerreras que parecieron salir de la nada, nos desarmaron y nos condujeron en presencia de su reina.

Pentesilea era una mujer joven, fuerte, alta y esbelta. Su cabello moreno y sus ojos fulgurantes se correspondían con su carácter firme y decidido. No me costó mucho trabajo convencerla. Príamo estaba en lo cierto. Para las amazonas, la libertad era el supremo bien. Comprendiendo la amenaza que supondría para ellas la caída de Troya, acordaron en asamblea marchar contra los griegos que habían puesto sitio a nuestra ciudad.

—Descansad, extranjeros. Disfrutad de nuestra hospitalidad —anunció la reina Pentesilea—. Partiremos mañana al amanecer.

—¿Mañana? ¿Pretendéis reunir un ejército en una sola noche?

Pentesilea no respondió a mi pregunta. Sonrió y se retiró a sus aposentos.



Las amazonas nos despertaron al alba. Mis compañeros y yo esperábamos encontrarnos con cientos de guerreras, armadas con cascos, corazas, escudos y lanzas, subidas en carros de guerra. Estábamos muy equivocados. Pentesilea conducía a un grupo de doce amazonas que montaban a caballo e iban armadas con arcos y flechas.

—¿Y vuestro ejército? —pregunté.

—Lo tenéis delante.

—¿En serio? ¿Una docena de amazonas van a derrotar a las huestes griegas? ¿Acabarán con vosotras en cuanto salgáis al campo de batalla!

—Procuraremos que no sea así —respondió ella con una sonrisa.

Pentesilea conocía mejor que nadie los caminos de los bosques y los pasos de las montañas, por lo que el viaje de regreso a Troya fue mucho más rápido que el que habíamos hecho para llegar a su reino. Los habitantes de la ciudad nos recibieron jubilosos. Hombres y mujeres, niños y mayores llenaban las calles para ver a aquellas amazonas de las que tanto habían oído hablar. Todos daban por supuesto que aquellas doce mujeres se habían adelantado para abrir paso al verdadero ejército, que vendría tras ellas. Cuando supieron que tal ejército no existía, el desánimo cundió entre la población. ¿Pentesilea y una docena de amazonas contra Agamenón y sus guerreros? ¿Caballos contra carros de combate? ¿Arcos y flechas contra cascos, corazas, escudos y lanzas?

La llegada de las amazonas no pasó desapercibida en el campamento griego. Agamenón envió espías para saber si suponían una amenaza. Cuando estos informaron de que

se trataba de un grupo de doce mujeres, los generales respiraron aliviados. No había nada que temer. Todos se retiraron a descansar.

Recuerdo bien aquel silbido que atravesó la noche. Al principio pensé que se trataba de algún ave. Pero a ese primer silbido lo siguieron otro, y otro, y otro más. Me levanté del lecho y me acerqué a la ventana. Todo estaba en calma. La luna iluminaba el campamento griego, en el que ardían algunas antorchas. Agucé el oído. Un nuevo silbido rompió el silencio. A este lo siguieron... doce. No me costó comprender lo que estaba ocurriendo. Penthesilea y las amazonas habían iniciado su ataque eliminando a los centinelas. Las guerreras avanzaron con decisión. Sombras entre las sombras. Sombras en cuyas manos brillaban cuchillos. Sombras que llevaban la muerte a quienes dormían en las tiendas. Durante diez años había contemplado a diario el horror de la guerra, había participado en batallas sangrientas, terribles. Estaba acostumbrado a los gritos de los hombres, al fragor de las armas de bronce y al estruendo de los carros arrastrados por impetuosos caballos bajo cuyos cascos se estremecía la tierra. Pero confieso que un escalofrío me recorrió la espalda cuando vi a Penthesilea y a sus amazonas entrando y saliendo de las tiendas en medio de la oscuridad, precipitando al Hades las almas de todos aquellos guerreros que horas antes se habían acostado creyéndose a salvo de ellas.

Ya habían recorrido más de la mitad del campamento cuando, de repente, un perro ladró. Se encendió una antorcha. Escuché un grito. Penthesilea y las amazonas habían sido

descubiertas. Pensé que emprenderían la huida, pero no fue así. Se agruparon para presentar batalla. Como la leona hambrienta que busca una presa y clava los dientes en su tierno pecho, así cargaron las guerreras contra los griegos, levantando el arco, apuntando y disparando las flechas que atravesaban el corazón de sus enemigos. Estos no tuvieron más remedio que retroceder. ¿De dónde sacaban aquellas mujeres tanto valor, tanta fuerza?

Por desgracia, su suerte estaba a punto de cambiar. De una de las tiendas salieron dos hombres con casco, coraza, escudo y lanza. Uno era el cruel Aquiles y el otro, Diomedes, un guerrero sin escrúpulos, que solo confiaba en su fuerza y no temía ni a los dioses ni a los hombres. Las flechas de las Amazonas no pudieron impedir su avance. Pronto los tuvieron encima. Diomedes acabó con Alcibia y Derimaquea. Aquiles dio muerte a Polemusa, Antandra, Hipótoe, Harmótoa y Antíbrota. Clonia, Derione, Evandra, Bremusa y Termodosa cayeron víctimas de sus compañeros, que, envalentonados, las hirieron con sus espadas. Al final quedaron Penteseia y Aquiles, frente a frente. El sol despuntaba ya en el horizonte anunciando un nuevo día. El hijo de Peleo se dirigió a ella:

—Ríndete, Penteseia, y te perdonaré la vida. Agamenón te permitirá regresar a tu reino si te arrodillas ante él y lo reconoces como tu señor, comprometiéndote a pagar tributos y a obedecer sus leyes. Piénsalo. Si aceptas, conservarás tu trono.

—¡Escúchame bien, Aquiles! Donde ahora habita el pueblo de las Amazonas, vivió antes la tribu de los escitas, un



pueblo libre y próspero, hasta que sus enemigos cruzaron las montañas y ocuparon su tierra. Quienes se opusieron a ellos cayeron víctimas de su espada. Los hombres que sobrevivieron fueron deportados. Solo quedamos nosotras, las mujeres. Pasó el tiempo. Los opresores se sentían seguros. Se habían adueñado de nuestras cabañas y se alimentaban con los frutos de nuestros fértiles campos. Pero una noche, nos alzamos contra ellos y hundimos nuestros afilados puñales en su pecho. Así surgieron las amazonas, una nación libre, con sus propias leyes, que jamás servirá a nadie. Aquel que ponga sus ojos sobre nuestra tierra habrá de cerrarlos para siempre.

Sus palabras resonaron en la llanura y llegaron hasta mis oídos. Como los demás, yo también estaba atónito. En ese momento, Pentesilea puso en tierra la rodilla derecha, tensó la cuerda del arco y disparó tres flechas contra Aquiles, una detrás de otra. Todas dieron en el blanco: la primera quedó clavada en el escudo; la segunda atravesó la coraza, aunque no llegó a herirlo; pero la tercera se hundió en el costado derecho. Entonces, el de los pies ligeros corrió hacia ella y, sin piedad, le atravesó el pecho con su lanza. Pentesilea lo miró a los ojos y sonrió enigmáticamente. Para entonces, el sol se alzaba en el cielo. Sus rayos iluminaron el rostro de la amazona, a punto ya de morir. Aquiles no había visto nada tan bello. Una intensa emoción embargó su pecho. Era amor. Amor a la libertad. Amor a Pentesilea, que había sacrificado su vida por este ideal y ahora cerraba sus ojos para dormir un sueño de bronce.

Pentesilea no había tenido ninguna oportunidad. Aquiles era invulnerable. Ningún arma podía herir su cuerpo, sal-

vo en el talón, el punto por donde su madre, Tetis, lo había sujetado el día en el que lo había sumergido en la laguna Estigia. Me sentía impotente. Tomé el arco que guardaba en mi cámara y disparé una flecha. El proyectil voló hacia el cielo. Era una acción desesperada. A esa distancia no podía dar en el blanco. Sin embargo, en ese momento, un rayo de luz destelló en su punta, cambió de trayectoria y comenzó a caer a una velocidad formidable. Lo sé. No fui yo, fue Apolo, dios del sol, quien guio mi flecha hasta el talón de nuestro enemigo. Aquiles cayó en tierra sobre ambas rodillas. Una lágrima brotó de sus ojos. No temía la muerte, por eso creo que lloraba por Penthesilea.

## **5. LA ASTUCIA DE ULISES**

La desgracia se cebaba con el ejército griego. Primero había sufrido los estragos de la peste. Luego, los troyanos habían asaltado su campamento y habían prendido fuego a las naves. Después, las amazonas habían diezmado sus fuerzas. Y, por último, el propio Apolo había provocado la muerte de Aquiles. Fue entonces cuando Agamenón convocó una asamblea.

—Queridos amigos, os he convocado para que tomemos una decisión. Llevamos diez años sitiando Troya sin conseguir la rendición de la ciudad. Al contrario, cada vez perdemos más hombres. Hemos tenido que lamentar la muerte de cientos de compañeros, como Patroclo y Aquiles, a los que aún lloramos. Es obvio que estamos siguiendo

una estrategia equivocada. Si ninguno de vosotros tiene un plan, tendremos que regresar a Grecia sin cumplir nuestra misión.

—¡Yo voto por lanzar un ataque definitivo! ¡Entremos en Troya a sangre y fuego! —propuso Diomedes lanzando chispas por los ojos.

—¿Y si enviamos una embajada con una ofrenda y tratamos de negociar? —sugirió Antíloco dirigiendo a los presentes una serena mirada.

—Yo digo que hagamos lo segundo para lograr lo primero —anunció el astuto Ulises clavando su mirada en el suelo.

—No entiendo —replicó Agamenón—. ¿Qué te propones?

—Construyamos un caballo de madera con el cuerpo hueco. Ha de ser grande, de unos doce metros de altura, para que pueda albergar un grupo de guerreros ocultos en su interior. Es importante que corra el rumor de que nos retiramos. Tenemos que hacer creer a los troyanos que el caballo es una ofrenda a Atenea con la que esperamos que la diosa nos conceda un regreso venturoso. Subiremos a las naves y nos haremos a la mar. Pero no pondremos rumbo a Grecia..., volveremos a las costas de Troya amparados en la oscuridad de la noche y la ciudad será nuestra.

El plan de Ulises fue aceptado por todos. Los griegos se pusieron manos a la obra. Talaron árboles y utilizaron su madera para hacer tablones, con los que construyeron un caballo gigantesco. Al verlo, los troyanos pensaron que estaban fabricando un ariete con el que romper las puertas de la ciudad, pues aquella mole estaba provista de ruedas. Una vez más, el desánimo cundió entre la población.

Todos temían un ataque inminente. Se dobló el número de centinelas que hacían guardia en las murallas y las fraguas empezaron de nuevo a forjar armas. Sin embargo, el temor dejó paso al asombro el día en que el caballo quedó terminado y, en lugar de lanzar un ataque, observaron que los griegos se preparaban para partir. Desmontaron las tiendas, cargaron las naves, subieron a bordo y... zarparon.

La playa quedó desierta, salvo por aquel enorme caballo. Después de diez años de guerra, los troyanos salieron jubilosos de su ciudad deseando celebrar el fin del asedio al que se habían visto sometidos. Unos se bañaban en el mar, otros paseaban por la orilla, pero la mayoría se arremolinaba en torno a aquel coloso de madera que tenía a todos en suspenso. De pronto se oyeron gritos. Unos pastores habían descubierto a un griego. Los guardias lo capturaron inmediatamente y lo llevaron ante el rey Príamo.

—¿Cuál es tu nombre, extranjero? Y ¿por qué no has regresado a tu patria como han hecho los demás? —preguntó el monarca.

—Me llamo Sinón.

—¡Sinón, el primo de Ulises! —exclamó Paris sorprendido.

—Así es. Y por su causa he sido abandonado en vuestra tierra. Después de diez años de guerra, Agamenón convocó un consejo para decidir qué hacer. Muchos abogaron por continuar la lucha. Yo, en cambio, propuse regresar a Grecia. Mis razones fueron más convincentes y acordamos levantar el asedio y volver a casa. Ulises, que ambicionaba presentarse en su patria, Ítaca, con un rico botín, me acusó

de frustrar sus planes y, como castigo, me abandonó aquí, a merced del enemigo.

Un murmullo recorrió la muchedumbre. Todos sentían compasión por el infortunado.

—¿Y este caballo? —quiso saber entonces el rey Príamo.

—Se trata de una ofrenda a Atenea con la que los griegos esperan que la diosa les conceda un regreso venturoso.

Esta revelación provocó un enorme alboroto entre el gentío. Unos querían lanzarlo al mar, otros se inclinaban por quemarlo, pero la mayoría deseaba conservarlo como recuerdo de aquel feliz día. Príamo zanjó la discusión:

—Tomad unas maromas, atadlas al caballo y arrastradlo a la ciudad. Lo colocaremos en el centro de Troya para recordar el día de nuestra liberación. Y tú, Sinón, no temas. Abogaste por la paz y eso te honra. Te acogeremos y, a partir de ahora, vivirás como uno más de nosotros.

—No sé cómo daros las gracias, mi rey. Contad con mi gratitud y mi fidelidad eternas.

Los troyanos se apresuraron a cumplir las órdenes de su rey. Al atardecer, el caballo se alzaba frente al palacio de Príamo y la ciudad entera celebraba el fin de la guerra danzando a su alrededor. La fiesta duró hasta bien entrada la noche. Entonces, los habitantes de Troya, después de un día lleno de emociones, se retiraron a sus casas a descansar. Las plazas y las calles de la ciudad quedaron desiertas.

Entonces, Sinón subió a las almenas de la ciudad y encendió una hoguera. Era la señal convenida para que la flota griega regresase a Troya. A continuación, corrió al caballo, abrió sus flancos y permitió que los guerreros

ocultos en su interior salieran. Ulises, que había urdido el engaño; Menelao, dispuesto a llevarse a Helena por la fuerza; Diomedes, que solo pensaba en vengar la muerte de su compañero Aquiles; Filoctetes, hábil con el arco; Áyax, con su gigantesco escudo... y así hasta veintinueve hombres.

No les resultó difícil acabar con los centinelas. Tras la partida de los griegos, la guardia se había reducido a un puñado de hombres. Filoctetes se deshizo de ellos con sus flechas. A continuación, Ulises abrió las puertas de la ciudad. Los griegos, que ya habían regresado y aguardaban fuera, entraron en tromba. El destino de Troya estaba sellado.

—¡Sangre y fuego! —gritó Diomedes, lanzando una antorcha sobre el tejado de la casa que tenía al lado.

El astuto Ulises sonrió. Su plan había dado resultado.

## **6. LA REBELDÍA DE ANTÍGONA**

Helena se asoma a la ventana. Troya está ardiendo. Espesas columnas de humo se elevan hacia el cielo. Se oyen gritos. Hay carreras por las calles. La gente trata de huir. ¿No debería hacer ella lo mismo? Aprieta los puños, aprieta los dientes. Siente rabia e impotencia. Se da la vuelta, baja las escaleras, atraviesa el palacio. Está desierto. Todos han salido a defender la ciudad. Entra en el salón del trono. Encuentra a Príamo. Al anciano le tiemblan las rodillas. ¿Huir? ¡Jamás! No es una cobarde. Permanecerá allí hasta el final. Vivirá o morirá con los suyos. Avanza hacia el anciano y lo conforta dándole un abrazo.



Así son las princesas griegas. Así fue Antígona, princesa de Tebas. También ella tuvo que tomar una decisión. ¿Y no fue nada fácil!

Al morir su padre, Eteocles y Polinices, sus hermanos, decidieron repartirse el poder: reinarían alternativamente, un año cada uno. Eteocles fue el primero en gobernar. Por desgracia, cuando acabó su mandato, se negó a ceder el trono a su hermano y esto desató una guerra civil, con terribles consecuencias tanto para el pueblo como para la familia real: Polinices fue muerto por su hermano, a quien este, a su vez, asesinó antes de perecer.

Así las cosas, el trono le correspondió a Creonte, tío de Antígona y de los dos infortunados que habían perdido la vida en la batalla. El nuevo rey organizó un solemne funeral para Eteocles y dispuso que el cuerpo de Polinices, que había luchado contra su patria, quedase insepulto. Antígona no podía creer que su tío fuese capaz de semejante tropelía. ¡El cadáver de su hermano a merced de las aves y de los animales salvajes! Sentía rabia e impotencia. ¿No debería hacer algo? Apretó los puños y los dientes, salió del palacio, fue a buscar el cuerpo de su hermano y le dio sepultura con sus propias manos. Por desgracia, los guardias de Creonte la descubrieron, fue detenida y llevada ante el soberano.

—¿A quién traéis detenida?

—A su sobrina, mi rey. La sorprendimos sepultando el cadáver de Polinices.

—¿Qué dices a estas acusaciones, Antígona?

—Que son ciertas, tío. No voy a negar que he dado sepultura a mi hermano.



—¿Y sabías que yo había ordenado, bajo pena de muerte, que nadie hiciera lo que tú has hecho?

—Lo sabía.

—Entonces ¿por qué osaste contravenir mi orden?

—Porque no podía permitir que el cadáver de Polinices fuera devorado por las aves y los animales salvajes. Era mi deber como hermana.

—¿Y qué hay de tu deber como ciudadana de Tebas? ¿Acaso piensas que estás por encima de la ley?

—En absoluto. ¿Y tú? ¿Crees que tus órdenes están por encima de la ley eterna de la justicia? Yo no me rebelé contra la ley, me rebelé contra la tiranía.

—Pues eres la única entre los tebanos que piensa así.

—Todos piensan lo mismo que yo, solo que por miedo a ti cierran la boca. Yo no. ¿Acaso es una vergüenza dar sepultura al hermano nacido de la misma madre y del mismo padre que yo? No, al contrario, es un deber y un orgullo.

—Jamás el enemigo, ni aun muerto, es amigo.

—Yo no nací para compartir con otros odio, sino amor.

—Entonces amarás a los muertos. Mientras viva, no consentiré que en Tebas triunfen los caprichos de una mujer, ¡aunque sea mi sobrina! Yo te condeno a muerte. ¡Guardias! Lleváosla y encerradla en la tumba de su padre y de su hermano, ¡que comparta con ellos su destino!

Antígona escuchó las palabras de Creonte sin mover un músculo. Su rostro no reflejaba tanto horror como desprecio. A través de la noche llegaban voces de personas, tebanos que protestaban contra la tiranía de Creonte y pedían paz. La joven sintió una infinita compasión por ellos. Den-

tro de poco habría abandonado este mundo y encaminaría sus pasos hacia el Hades; sus conciudadanos, en cambio, seguirían atrapados en la prisión sin muros ni rejas en la que se había convertido su patria.

La noche en que cae Troya, Helena actúa como habría actuado Antígona. Ahora que los griegos van a apoderarse de la ciudad, solo hay un modo de rebelarse contra ellos: optar por el bien, igual que la heroína tebana optó por la justicia, sacrificando incluso su propia vida. Helena mira a los ojos al anciano Príamo y lo que ve en ellos es un profundo respeto y una infinita gratitud.

## 7. LA PIEDAD DE ENEAS

Troya fue destruida. Y, con ella, sus habitantes. Aunque no todos. Mientras Ulises, Menelao, Diomedes, Filoctetes y Áyax salían del caballo en cuyo vientre habían permanecido ocultos y, tras descolgarse por una cuerda, recorrían la ciudad causando estragos, el alma de un héroe caído en combate salía de su tumba para alertar a un viejo amigo.

—¡Despierta, Eneas!

—¡Héctor! ¿Eres tú? ¿Cómo es posible? ¿Habías muerto! ¡Yo mismo asistí a tu funeral! ¡Ay de mí! ¿Estoy hablando con un fantasma?

—Así es, querido amigo. Pero no temas. He venido para evitar tu perdición y la de los tuyos. Los griegos han conseguido entrar en la ciudad. Troya va a ser destruida esta misma noche.

—¡El caballo! ¡Era una trampa y hemos caído en ella!

—Así es. Ulises os engañó a todos escondiéndose en su vientre con treinta guerreros y enviando a su primo Sinón para confundiros, haciéndoos creer que se trataba de una ofrenda a Atenea.

—¡Ay de nosotros! ¿Qué puedo hacer?

—¡Huye, Eneas! Ponte a salvo. El enemigo ya está dentro de las murallas. Troya se derrumba desde lo más alto. Las llamas lo devorarán todo. Reúne a tu familia y a tus amigos, surca el mar y funda con ellos una nueva nación. ¡Que los dioses te protejan!

La figura de Héctor se desvaneció entre las sombras. Eneas se levantó del lecho, tomó la espada y subió corriendo a la azotea de la casa en la que vivía con su esposa Creúsa, hija de Príamo y hermana de Héctor, su hijo Ascanio y su anciano padre Anquises. Troya descansaba en silencio. Todos dormían. ¿Habría tenido una pesadilla? Cuando estaba a punto de volver a su alcoba, algo llamó su atención. Un resplandor iluminó la noche. Procedía del lugar en el que habían colocado el caballo. Al instante siguiente vislumbró unas llamas y la primera columna de humo alzándose sobre un tejado. ¡No lo había soñado! ¡Héctor había venido a avisarle!

—¡Despierta, Creúsa! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Ascanio! ¡Recoge tus cosas! ¡Deprisa! ¡Nos marchamos!

—¿Qué ocurre? —preguntaron esposa e hijo prácticamente al unísono.

—¡Los griegos han entrado en la ciudad! ¡Troya será destruida esta misma noche!

—¡Mi padre, mi pobre padre! —gimió Creúsa.

—Pasaremos por su palacio antes de irnos. Ascanio, ¡ayuda a tu abuelo Anquises! ¡Venga! Apenas queda tiempo.

En pocos minutos, Eneas y su familia avanzaban por las calles hacia el palacio de Príamo. La gente corría de un lado a otro, presa del pánico. Los incendios se extendían por toda la ciudad. Al pasar por delante del templo de Apolo vieron que un grupo de guerreros sacaba a Casandra, la sacerdotisa, hija de Príamo, arrastrándola de los cabellos. Al ver a su hermana, Creúsa estuvo a punto de desmayarse. Pero Eneas la sostuvo y siguieron avanzando.

Llegaron por fin al palacio. La puerta había saltado en pedazos bajo el ímpetu de un ariete. El edificio estaba vacío, salvo por un puñado de personas que habían buscado refugio en él. Entre ellos, estaba Acates, fiel amigo de Eneas.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Dónde está Príamo? —preguntó Eneas.

—Los griegos se lo han llevado. Su guardia trató de impedirlo, pero fue en vano. Todos cayeron —respondió Acates.

Creúsa y Ascanio comenzaron a sollozar.

—¿Y estos? —quiso saber Eneas.

—Son Sergesto, Acmon, Miseno y Yápigé. Trataban de huir con sus familias, pero, al igual que nos ha sucedido a mí y a los míos, han quedado atrapados aquí. No sabemos adónde ir —confesó Acates desolado.

—Yo sí. ¡Coged vuestras cosas y seguidme!

Eneas avanzó con decisión por el palacio. En una de las salas posteriores había un altar dedicado a los dioses Penates, honrados por los troyanos, protectores del hogar. El héroe tomó las imágenes y se las entregó a su hijo.

—Guárdalas. Las necesitaremos en nuestra nueva patria.

Ascanio miró a su padre sin comprender. Las estatuas representaban a dos jóvenes sentados que portaban sendas lanzas.

—¿Qué pretendes que haga con esto? ¿Pesa una barbaridad! ¿De qué nos va a servir allá adonde vamos? —se quejó el joven.

—¿Te acuerdas de Atis?

—¡Por supuesto que sí! Fuimos amigos desde niños. ¿Cómo iba a olvidarme de él?

—Así es. Eráis inseparables. Troya no ha visto mejores jinetes que vosotros. La ciudad al completo estaba pendiente de ambos cada vez que competíais en una carrera, hasta que...

—Hasta que Atis y su familia se marcharon al norte —murmuró Ascanio, completando con tristeza la frase que había iniciado su padre.

—¿Recuerdas lo que hicisteis la víspera de su partida? —preguntó Eneas.

—Lo recuerdo muy bien. Tomamos una moneda de plata y la dividimos en dos mitades. Atis se llevó una y yo me quedé con la otra.

—¿Conservas la mitad de esa moneda?

—La llevo siempre conmigo —respondió Ascanio agarrando el colgante que pendía de su cuello.

—¿Por qué?

—Es un símbolo de fidelidad y amistad.

—¿Te desprenderías de ella?

—¡Jamás! Es un vínculo que nos une. Aunque esté ausente, este trozo de plata me acerca a él.

—¡Exacto! Lo mismo ocurre con la imagen que tienes entre tus manos. Es un símbolo de nuestro hogar, de la patria que ahora perdemos, pero que aspiramos a recuperar. Dejarlo atrás sería una falta de piedad para con los dioses y para con nuestro pueblo. ¿Lo entiendes?

Ascanio asintió con la cabeza. Agarró con fuerza las imágenes y se dispuso a seguir a su padre.

Entonces, Eneas empujó con fuerza el altar. Era una puerta falsa. Al retirarlo apareció la entrada a un pasadizo. Los troyanos tomaron antorchas, atravesaron el umbral y penetraron en el subterráneo. Recorrieron oscuras galerías que parecían no tener fin. De pronto, una corriente de aire azotó su rostro. Siguieron adelante y no tardaron en salir al exterior. Se encontraban en la ladera del monte Ida. Comenzaron a ascender hacia la cumbre. Apenas habían avanzado unos metros cuando Anquises, el padre de Eneas, cayó al suelo.

—Continuad, hijo. Ya no cabe retraso alguno. Salvaos. Salvad a mi nieto. Troya cuenta con vosotros para que su estirpe no se extinga. Yo no puedo seguirlos. Dejadme aquí.

—Vamos, padre, súbete a mis hombros. Yo te llevaré sobre mi espalda. Pase lo que pase, permaneceremos unidos: pereceremos o nos salvaremos juntos. ¡Amigos! En la cumbre del monte hay un túmulo, un antiguo templo y un viejo ciprés que la piedad de nuestros padres guardó durante muchos años. Nos reuniremos en ese lugar. Allí estaremos a salvo. Y, ahora, ¡corred!

Los fugitivos se dispersaron, tratando cada cual de llegar a la cumbre por el camino que les pareció más fácil. Eneas y los suyos quedaron atrás. El héroe ascendía penosamente,

llevando a su padre a cuestas. La fatiga le cortaba la respiración. A su espalda se oían gritos que ponían los pelos de punta, pero Eneas no se detuvo. Continuó su camino. Una lenta ascensión que parecía no tener fin.

Rayaba el alba cuando por fin alcanzaron la cumbre. Anquises puso pie en tierra y Eneas alzó su alta frente. Entonces se encontró asombrado ante una gran muchedumbre: hombres, mujeres y niños, que, como ellos, habían acudido a aquel lugar dispuestos para la marcha.

—¡Ascanio! —gritó una voz.

El hijo de Eneas, que no se había separado de su padre en ningún momento, se giró.

—¡Atis! —exclamó—. ¿Eres tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mi familia y yo hemos tenido que huir. Las aldeas del norte están amenazadas por los griegos. Antes o después sufrirán el mismo destino que Troya.

Atis observó el colgante que Ascanio llevaba al cuello. Él había fabricado otro semejante con la mitad de la moneda que habían partido hacía años. Los jóvenes tomaron los dos fragmentos y los juntaron. Coincidían perfectamente. Separados o no, conformaban una unidad. Igual que ellos e igual que su pueblo.

Eneas miró hacia el valle y contempló Troya. Toda ella parecía asentada sobre una hoguera. Las llamas se reflejaban en las nubes del cielo y sobre las aguas del mar. Cualquiera habría dicho que el orbe entero se consumía en aquel incendio.

—¡Amigos! Reunid a vuestras familias y emprendamos el camino. Buscaremos una nueva patria. Hay un lugar al

que los troyanos llamamos Hesperia y otros llaman Italia. Allí encontraremos un nuevo hogar, allí viviremos en paz y fundaremos la ciudad más grande que haya visto la humanidad, una ciudad eterna. Navegar siempre es duro, pero los dioses, que guían a los piadosos, nos ayudarán. ¡Seguidme!



